

CAPÍTULO III

Rapto. — La cueva de los Chagolleros. — El rentoy. — Probabilidades. — Desesperación. — Carbón de entrego.

Empezó Lorenzo á padecer de reumas en un hombro, á consecuencia de sus locuras de meterse al agua estando caliente y otras cosas por el estilo, y después de mil medicamentos caseros, sintió alivio con irse á su casa y bañarse en las aguas termales de Porua: como ya sólo estaba ejercitándose en escribir y contar, y Refugio no estaba inmediata, con ese pretexto cada rato fingía enfermarse hasta que pudo quedarse de una vez en el rancho.

D. Juan fué á la villa á dar las debidas gracias á D. Primitivo, y éste le impuso de la conducta que debía seguir observando con Lorenzo para que siempre le conservara amor y respeto: Procure vd., amigo mío, le dijo, que ese muchacho siempre esté ocupado en cosas que lo distraigan y le den provecho, para que vaya viendo el fruto de su trabajo; evítele con prudencia que contraiga malas amistades; disimúlele las faltas pequeñas que por su poca experiencia cometa, advirtiéndole después sus consecuencias con la mayor circunspección; y aunque parece muy vidrioso, tiene una alma muy noble, embellecida de los más brillantes sentimientos que naturalmente se han desarrollado en él y yo he procurado afirmar: está ciegamente enamorado de esa niña Refugito, es necesario no impedirselo ni fomentárselo, sino dejar que el tiempo lo cure, y creo que ese ha sido el motivo por que ya el muchacho se nos atrancó y no quiso entrarle á la gramática latina, pues si no hubiera sido por las cosas que se fueron sucediendo y logro que esa niña siga aquí un par de años, aprende Lorenzo cuanto yo hubiera querido; pero se fué á su casa, dividió su pensa-

miento, y eso no tuvo remedio; ya le he dado mil consejos que creo que no olvidará, pues no dejó de ponerme en cuidado con la ocurrencia de lo de D. Epitacio. Hasta ahora ignoro quién le participó lo del ultraje que le hizo á vd. aquel hombre, á quien muy caro le ha costado, pues el muchacho, que ama á vd. sinceramente y tiene la sangre hirviendo, sin decirme una palabra le fué á romper las quijadas á puras gaznatadas, y luego lo obligó á que le diera á vd. la satisfacción que recibió por una carta que el propio Lorenzo le dictó y yo leí antes que llegara á sus manos.

— Con razón desconocí el lenguaje y los términos tan conocidos en que estaba puesta, lo cual me obligó á perdonarle y á echar un velo á lo ocurrido. — Pues todo ha sido parto de ese muchacho. Vd. no le dijo su agravio, sin duda porque no tomara cartas, excusándose con echar la culpa á su caballo; pero ya fué tarde, pues el mismo día pagó el D. Epitacio su atrevimiento. Ha obrado con tal discreción, que al propio señor ése le ha exigido el secreto para que vd. no llegue á saberlo: con que vd. no se dé por entendido, cuente conmigo para cuanto se le ofrezca, y déme el pésame porque siento, extraño y me había hallado mucho con la compañía de su hijo.

Como dijimos, D. Epitacio procuraba con disimulo evitar á Lorenzo que frecuentara la casa: él lo conoció, y por no dar motivo de otra querrela, también quiso tomar sus precauciones de acuerdo con Refugito, para verse y hablar con más franqueza, y porque el tío no fuera á volverse á chocar con Lorenzo, pues aunque él jamás le dijo nada, ella estuvo escuchando sin ser vista la transacción, prefería salirse de la casa cuando el tío se iba para el amasijo, y ponerse á platicar en los paredones de la casa del diezmo que estaban frente á la tienda, que no el que fueran á verlo rondando la casa, y suponiéndolo ladrón, le soltara D. Epitacio un balazo ó le armara un escándalo, pues lo creía muy capaz de todo.

No faltó motivo para que la tal reconciliación se nulificara, pues D. Epitacio siempre que podía se valía de extrañas manos para perjudicar al padre y al hijo dándoles á conocer su vil rencor, poniendo en juego al propio tiempo cuantos estorbos le sugería su encono para evitar la mutua correspondencia

de los amantes, ensoberbeciéndolo más el verse hecho albacea y curador, disponiendo á su antojo de los intereses de su sobrina, á quien con el pretexto de que la quería con exceso, no la dejaba ni menear, teniéndola muy vigilada.

Sabía D. Epitacio que su hermana, antes de morir, le había dado á su hija un cofrecito que contenía muchas y buenas alhajas, que también guardaba documentos de interés y principalmente los inventarios que se formaron de los bienes que dejó su cuñado, los cuales comenzó él á manejar desde luego, y temía que llegara la vez en que por ellos le hicieran los cargos respectivos, y si Lorenzo se casaba con su sobrina podía fácilmente descubrir su mal manejo, con eso no hallaba cómo poderle hurtar á Refugio el dicho cofrecito, y hasta intentó algunas veces sacárselo de su ropero; consiguió porción de llaves y se puso á forzar la cerradura cuando se fué la sobrina con su esposa á misa; en vano corrió varias diligencias, no pudo conseguir su objeto, y suspendió la ejecución para más tarde, procurando hacerse de otras llaves de diversa hechura, pues la propia del ropero era imposible que llegara á sus manos porque la niña la traía con un bejuquito colgada del cuello.

Tantas luchas hizo el tío por falsear el ropero, que Refugio conoció su intención, y porque no diera con el cofrecito lo envolvió muy bien en un embreado, guardando no sólo lo que antes contenía sino cuanto tenía suyo de algún valor, y con bastante precaución lo enterró en el sitio que le convino.

Por las muchas atenciones que tenía Lorenzo y por no exponer continuamente á Refugio, sólo la iba á visitar de cuando en cuando, juntándose en los paredones de la casa del diezmo: platicaban un rato mientras el tío salía después de cerrar la tienda con pretexto de ir al amasijo á su acostumbrada visita del callejón de las Amescuas. Una noche oscura y borrascosa que amagaba llover con abundancia, salió el tío cerca de las nueve, según lo había establecido, y á poco también la sobrina temerosa de que uno de tantos relámpagos la descubriera. Por una fatalidad, ya que D. Epitacio iba á dar vuelta al callejón, se arrepintió de haber salido; supuso que pronto llovería y se volvió para la casa á pasos largos porque sintió en el sombrero unos cuantos goterones: llegó tan pronto que no le dió tiempo á su

sobrina de entrar primero: empujó el postigo con violencia, cerró, y guardándose la llave se entró á acostar. Grande fué la sorpresa de los amantes al observar aquello: el aguacero cayó y no tuvieron más recurso por lo pronto que guarecerse en un portalito de otra tienda de la esquina de la plaza.

— ¿Qué haremos, tío? decía Refugio llena de susto abrigándose con la misma manga de Lorenzo, hecha una bolita junto á él; ya mi tío sin saberlo me dejó en la calle, ¿cómo conseguir entrar? ¡Virgen Santísima! ¡Quién sabe por qué se me figura que esta casualidad nos va á ser funesta! ¡Ay Dios mío! ¿Qué hacemos, Lencho, qué hacemos? Yo me muero de congoja. ¿Quién había de pensar que se volviera tan pronto mi tío, cuando siempre viene hasta la madrugada?

— Deja que pase la tormenta, no te apures, ahora veremos cómo entrar á tu casa, mi vida, no te aflijas, porque mas que salvemos las tapias tú has de amanecer en tu recámara; yo conozco que nuestra situación es angustiosa, que si alguno nos viera todo se lo llevaba Judas; pero nadie como yo se interesa en tu honor, y jamás consentiré ni daré motivo para que tu reputación padezca menoscabo, esta ha sido una fatalidad, tranquilízate, no llores, tus lágrimas me hacen mucho daño, me parten el corazón.

Por fin se pasó el chubasco y se serenó la noche, aunque siempre muy oscura; hicieron varias tentativas por el zaguán, y al acercarse á empujar las puertas de la tienda, les pareció que hablaban por dentro muchas personas, por lo que para evitar que los sintieran, huyeron precipitados para ir á tomar el último recurso, salvar las tapias del corral, conoció Lorenzo que no había más remedio, y no con poco trabajo consiguió, después de mil esfuerzos, montarse á caballo sobre la barda, que aunque de adobe y vieja, tenía una regular altura.

— Ahora sí, dijo lleno de satisfacción, no te quedarás en la calle, vida mía, amárrate bien tu rebozo en las arcas, empalma tu banda y mi ceñidor y échame las puntas. Hizo Refugio todo lo que le previno, las tomó muy confiado en sus fuerzas, y ella comenzó su ascensión llena de miedo, encomendándose á toda la corte celestial: ya casi lograba Lorenzo salirse con su empresa, llegó ella á poner un pie sobre el de su amante, y

tomando un corto descanso sólo restaba un último esfuerzo para colocarla bien sobre la barda y bajarla para el otro lado; apretó las piernas, la tomó del rebozo, y baloneándose hizo la fuerza posible para elevarla. En ese instante, no pudiendo resistir la pared vieja y carcomida el peso de ambos, hizo una oscilación, y desprendiéndose un gran pedazo, ambos amantes descendieron para la calle, con los adobes despedazados haciendo un espantoso ruido. Ella cayó pegada al cimiento media parada, y varios trozos de adobe que le dieron en la cabeza la acabaron de tirar. El voló hasta media calle, llevándose algunos adobes apretados entre las piernas, recibiendo un fuerte golpe en un hombro y el cuadril, se paró precipitado sin hacer caso de sus contusiones, desembarazó los trozos que Refugio tenía encima, y tomándola de un brazo le decía: — ¿Te has lastimado, mi vida? — ¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús! fué lo primero que ella pronunció. — Párate, mi alma, párate. Y trató de alzarla. — ¡Ay! ¡ay! Lencho, por amor de Dios, no, no; Virgen Santísima, no... no puedo, y hacía inútiles esfuerzos para enderezarse, anegada en llanto. La alzó Lorenzo en peso con bastante cuidado repitiendo: ¿Qué tienes, bien mío? ¿qué tienes? — Que me he desconcertado un pie. ¡Ay! ¡ay! ¡Ay Jesús! En este instante se oyeron pasos precipitados por el corral, luego un puertazo y repetidas voces de mujer que gritaba: ¡ladrones, ladrones! Cinco ó seis perros acudieron ladrando con furia, otros en la azotea los imitaron, y por momentos esperaba Lorenzo que se fuera apareciendo D. Epitacio con sus dependientes y les tiraran de balazos; la circunstancia era comprometida, el lance apremiante, Refugio redoblaba sus lamentaciones sin poderse estar en pie, y por lo pronto no le ocurrió al afligido amante otra cosa que ausentarse lo más pronto de aquel sitio, abrazó á Refugio de las piernas, y cargándola en brazos se ausentó de allí con las precauciones posibles, deslizándose poco á poco por no lastimarla, tomando la cuesta abajo hasta llegar al arroyo, en donde descansándola sobre una peña se puso á tomar aliento. Cuando comenzó á caminar con su preciosa carga le preguntó ella muy afligida: — ¿Pero adónde vamos, Lencho? — *No lo sé, querida, le respondió, adonde Dios quiera.*

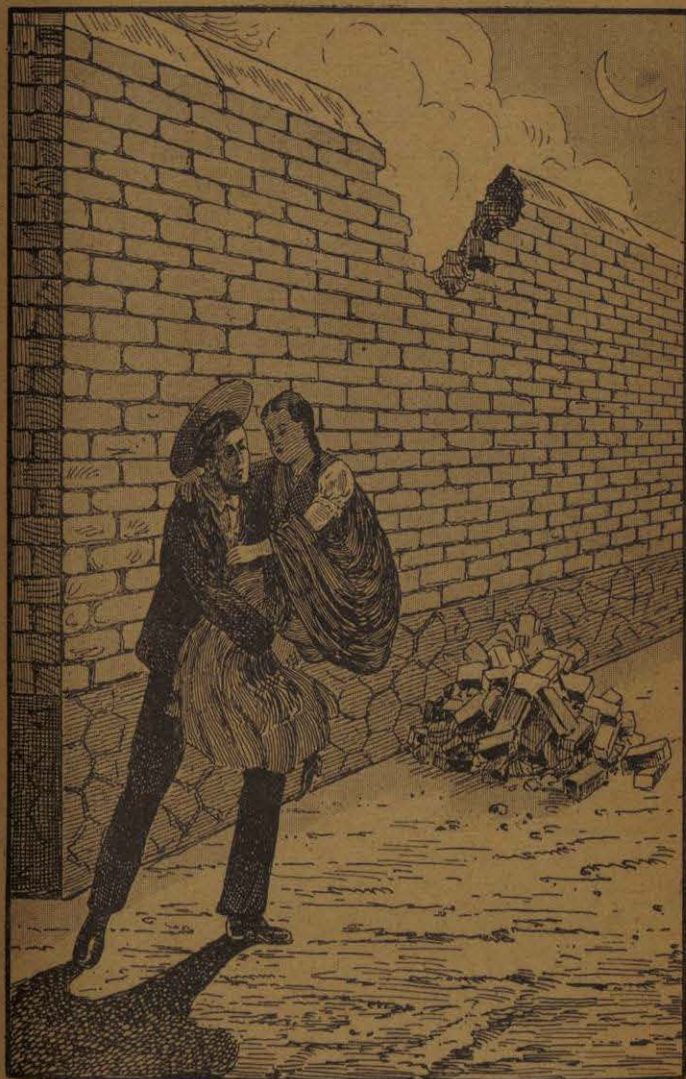
Mientras recuperó sus fuerzas se puso á observar para la casa,

y advirtió que los perros no cesaban de ladrar y andaban con luz por el corral. — ¿Qué tal si no nos ausentamos pronto, dijo, mira cómo ya se pusieron todos en movimiento, huyamos cuanto antes del peligro. Y volviendo á cargar á Refugio llegó hasta el sitio en que dejó su caballo, la acomodó en la silla, se sentó en las ancas, y trató de alejarse poco á poco. — ¡Ay Dios mío, Virgen Santísima! ¿qué haremos, Lencho? exclamó ella apretándose las manos y llorando amargamente, ¿adónde iremos, qué será de nosotros? mira, mi vida, llévame á la villa con las señoras. ¡Ay Jesús! ya no aguanto mi pie, creo que me lo hice pedazos. ¡Ay Madre Santísima de la villa! ¡Ay! ¡ay! ¡Ay Jesús! ¿Qué dices, Lencho? vámonos para San Juan con tu maestro. — Eso es imposible, Refugito, está la noche muy avanzada, el aguacero que ha caído ha de haber dejado la cuesta inandable, y es evidente que al encumbrar rodemos con todo y caballo en cualquier desfiladero; á esto se agrega que tú no estás capaz de resistir un camino largo en el estado en que estás, y yo tengo precisión de amanecer en mi casa para evitar darle un disgusto á mi padre, pues ignora mis nocturnas expediciones que con bastante precaución emprendo. — Tienes razón, querido, tus palabras me convencen; ¿pero qué hacemos, por Dios, qué hacemos? y volvió á dar rienda suelta á su llanto y repetir sus lamentos.

Lorenzo muy afligido no hallaba qué partido tomar, discurría en vano mil proyectos, que agolpándose en su acalorada mente, todos le parecían irrealizables; continuamente fijaba la vista al lucero del alba calculando sus avances, y así indeciso, aturdido y consternado llegó á la encrucijada de la vega, se paró mirando para la cañada y cerros de Capirio exclamando: — ¡Alumbra, Virgen del Buen Suceso! ¡Dios mío, no nos abandones! Y siguió girando la cabeza, hasta que fijándose en un punto premeditó y dijo: No nos queda otro recurso por ahora más que éste. Torció las riendas á su caballo y comenzó á encumbrar la ladera. — ¿Cuál, mi vida? preguntó su amada. — Que te conserves oculta en esa cueva hasta que te pueda poner en salvo. — ¿Pero si acaso hay algunas fieras ó animales ponzoñosos, qué hago, tú? — Respecto de eso no tengas cuidado, conozco bien ese sitio y no hace mucho que estuvo habitada por unos

sujetos que hacían moneda falsa. — ¿Y si vuelven esos hombres y me encuentran allí? — Desecha ese temor, porque fué tanto su descaro, que hasta el camino real se oían los martillazos, y al fin les echaron el guante y quién sabe qué suerte habrán corrido, conque no hay más recurso que esconderte por el pronto en dicha cueva, y aunque está tan del pie á la mano, eso hará tal vez que no crean que puedes estar tan cerca. Ya llegamos, mira qué amplia y qué buena está, quédate tantito en mi caballo mientras doy una registrada en sus rincones. Y apeándose entró sin recelo haciendo boruca y alumbrando varios escondites con la momentánea luz que daban su piedra y eslabón; satisfecho de que no había nada que temer, en el rincón más excusado que le pareció á propósito, amontonó tierra suelta, hojas secas y otras basuras, apeó á Refugio, y con el sudadero cubrió todo para improvisar un colchón, se sentó allí la pobre niña dando mil quejidos, pues los dolores del pie á cualquier movimiento eran á cada instante más agudos, le dejó su manga, el puñalito por si se le ofreciere defenderse, y á pesar de que trató, de cuantos modos pudo, infundirle valor y confianza, ella se quedó hecha una Magdalena bebiéndose sus lágrimas y multiplicando sus ayes arrancados por el dolor y el miedo de verse en aquel lugar solita y expuesta á otra mayor desgracia; pero ya comenzaba á esclarecer el día, y Lorenzo lleno de pesar procuró separarse para estar en su cuarto antes que su padre se levantara, por lo que con el corazón angustiado pegó un brinco á su caballo y á escape partió por aquellos texcales, encomendando á Dios la custodia de su amada, renegando de su suerte y de la fatalidad que comenzaba á perseguirlo.

Apenas había tirádose vestido sobre su cama, cuando oyó que su padre andaba por el corredor, se acercó á la puerta y le tocó diciendo: Anda, Lencho, levántate que ya amaneció. — Ya voy, señor padre, le contestó desde su cama, saliendo á poco rato muy entelerido, pues las contusiones del cuadril y hombro, por más esfuerzos que hacía no lo dejaban enderezarse ni andar con franqueza. — ¿Qué tienes, hijo? le dijo D. Juan, parece que estás emballestado. — Nada, señor padre, estas maldecidas reumas que me han vuelto á molestar. — Pues



Rapto impensado.

ya sabes el remedio : véte á dar unos baños á Porua. — Eso pienso hacer, señor, y quiero que me dé licencia para irme á bañar. — Pues anda luego y pasa á ver á D. Cleofas el curandero á ver qué remedio te da; pero si te bañas, ó te vienes al instante ó te quedas allá hasta la tarde, no se te antoje volver en la fuerza del sol porque te puede coger un tabardillo. — Siempre me vendré hasta la tardecita, y para tener allá qué comer me llevaré algún bastimento. — Sí, hombre, lleva lo que quieras : dile á tu hermana que habilite las arganas, y marcha pronto antes que caliente el día.

Con pretexto de tener en qué reposar del baño y comer algo, cargó Lorenzo con una zalea lanuda, una almohadita, dos sábanas, un cobertor, sus arganas perfectamente abastecidas de cuanto le pareció conveniente, y montando á caballo partió muy ufano, no para Porua sino para la cueva de los Chagolleros, que así llamaban á la que servía de asilo provisional á su adorada Refugito : la encontró en el mismo sitio donde la puso, muy llorosa, afligida, lamentándose de sus dolencias, compuso la cama, le hizo tomar algún alimento y partió extraviando camino para los mogotes en solicitud de Cleofas el curandero para que la curara de la dislocadura del pie : casualmente lo encontró en el camino, se lo echó en las ancas y regresó muy pronto para la cueva. — Cúreme á esta niña, D. Cleofas, le dijo, antes que se haga más difícil la operación. Vió D. Cleofas el pie de Refugito, se arremangó las mangas de su cotona y pidió con voz de mando un poco de aguardiente resacado para dar frotaciones. — ¡Caramba! exclamó Lorenzo dándose una palmada en la frente, no me acordé que el aguardiente es preciso para estos casos : pero, mire, D. Cleofas, péguele un brinco á mi caballo, tenga ese par de pesos, arranque para el pueblo y tráigase lo que necesite, no se dilate, por vida suya, ábrale el arado á ese pistle mas que lo asolee. Así lo hizo D. Cleofas; partió á escape para Jungapeo, interioru Lorenzo hacia tomar á su amada más alimento y consolaba su aflicción con mil palabras cariñosas.

Cuando regresaba el curandero, quiso la fatalidad que se encontrara á media cuesta con D. Juan Cabello que iba al pueblo á varios asuntos. — Cómo va, Sr. D. Juan, le dijo, dete-

niendo al caballo que traía casi corriendo. — Qué hay, amigo, le respondió, conociendo el caballo de Lorenzo y fijando la atención en dos botellas con aguardiente que llevaba en las manos y otras en los tientos, ¿ya vió á vd. mi hijo, D. Cleofas? — Sí, Sr. D. Juan, sino que era preciso el aguardiente y vine por él en un galope. — Cúreme bien á esa criatura, amigote, yo se lo suplico. — No tenga su merced cuidado, que muy pronto entrará el hueso en su lugar : me voy porque está en un grito la pobrecita. Y partió sin dar lugar á más respuesta, de manera que cuando D. Juan reflexionó lo del hueso y esa última expresión de « pobrecita », ya el curandero iba lejos. — ¡Qué es esto, Dios mío! exclamó lleno de sorpresa; ese muchacho no tiene reumas sino algún hueso dislocado y por eso andaba todo torcido, es tan travieso y... pero si ese hombre me ha dicho que está en un grito la pobrecita. ¿Qué sucederá por fin, si ya tendremos pobrecitas en campaña? lo de menos es desengañarme, seguir al curandero y salir de dudas. Y si desgraciadamente sorprende á Lencho con la tal pobrecita, ¿qué sucede? ¿Cómo me le voy presentando cuando él procura excusarse de mí? Es joven, fogoso y me expongo á que me pierda la vergüenza, me falte al respeto, ó se me largue por ahí mirando que fiscalizo sus secretas acciones. Prudencia y no más prudencia, me aconsejó su maestro. Dios me dé paciencia, lo que fuere sonará, marchemos. Y continuó su camino. Apenas había andado unos cuantos pasos, cuando se encontró con un sujeto del pueblo que también bajaba á galope tendido y se detuvo á saludarlo. — ¿Adónde vas tan corriendo, Gregorito? dijo dándole la mano : buenos días. — Así se los dé Dios á su merced, Sr. D. Juan : voy á ver si la suerte me ayuda : ¿no sabe vd. lo que ha ocurrido en el pueblo? — No, Gregorito; pues ¿qué ha sucedido? — Que anoche se han robado á la niña Refugito, la sobrina de D. Epitacio. — ¿Pero cómo ha estado eso, Gregorito? explícame por Dios. — Muy fácilmente, Sr. D. Juan : rompieron la barda del corral para llevársela, cargando con multitud de alhajas, dinero y muchas cosas de valor que ha comenzado á extrañar el tío, de manera que poco ha faltado para que dejen la casa vacía. Pero D. Epitacio ha sido tan vivo, que ya el raptor principal está en la cárcel con

cinco ó seis de sus cómplices, entre los cuales hay algunos picos largos : está el Zambo, los dos Tecachos y otros maletas del pueblo. — ¿Por supuesto que ya se habrá sacado algo en limpio de la averiguación y sus declaraciones? — No, señor, es aquello un enredo de todos los demonios : todas las casas del pueblo se han cateado, los criminales se obstinan en no decir la verdad, y por más pesquisas que se han hecho, nada se ha podido aclarar; de manera que, mirando eso D. Epitacio, y por el mucho amor que tiene á su sobrina, ha ofrecido quinientos pesos á la persona que le entregue á la niña. — ¿Y qué cumplirá su promesa? — A fuerza, Sr. D. Juan, pues ya quedó comprometido delante del juez y lo ha firmado en un papel que se ha depositado en el juzgado, de modo que hemos salido como doce ó catorce buscadores por distintos puntos, y otros que andan también registrando huertas por la cañadita del arroyo de Agua Zarca, pues el rastro llegó hasta allí. Conque voy á buscar por los ranchos de arriba á ver si Dios me protege : ya ve su merced, media talega es la fortuna de un hombre. Adiós, señor amo. — Adiós, Gregorito, y feliz viaje.

Esto se complica, dijo D. Juan lleno de cuidado sin atreverse á continuar su camino, es preciso que en este asunto tenga mi hijo mucha parte, estaba apasionado de esa niña, habrá tenido algún fatal encuentro con ese lépero de D. Epitacio, y de ahí vino la reuma, desconchavada, y que la pobrecita esté en un grito : nadie me quita de la cabeza que Lencho es el autor de semejante rapto; pero Gregorito me ha dicho que se han llevado alhajas, dinero y muchas cosas de valor, que ya forman un verdadero robo, no puedo creer que llegue hasta ese extremo la perversidad de mi hijo. Ahora, también me dijo ese hombre que ya tienen asegurados al raptor y sus cómplices, luego ese muchacho no ha sido el hechor pues no le han echado el guante. ¡Si tal vez estará en relación con esos pícaros, y mientras él voló con la niña, ellos se han robado cuanto quisieron! No, eso tampoco puede ser, Lorenzo es muy reservado, con nadie se lleva, y menos con esa gentuza que mira con indiferencia. ¿Pues qué será, Dios mío? Esta incertidumbre me mata. Lo de menos es satisfacerme prosiguiendo mi camino y llegar al pueblo; pero, si como es natural, D. Epitacio tiene

algunas sospechas de Lorenzo, ahora puede aprovechar la ocasión de vengarse de él recordando que lo dejó sin muelas, y al verme por allí supondrá que tengo parte en este negocio, que me voy haciendo de las nuevas, á espiar sus providencias, resucitará nuestro antiguo rencor, y la cosa se enciende si no es que se ensangrienta; pues evitemos un lance, prudencia y no más prudencia. Arrendó su caballo y se volvió paso á paso para su rancho, lleno de mil encontrados pensamientos y conjeturas amargas á cual más siniestras y contradictorias. Luego que regresó del campo Angel su yerno, le mandó que fuera al pueblo á indagar; esperó lleno de zozobra á ver qué sucedía con el que se fué al baño, diciendo para sí: Adonde este muchacho no vuelva, ciertos son los toros de estar complicado en ese asunto.

Vamos ahora á la casa de D. Epitacio que hemos dejado alborotada con los alarmantes gritos de: ladrones, ladrones, causados por una molendera que casualmente salió al corral cuando estaba montado sobre la barda Lorenzo, y se sorprendió al ver un bulto que se movía; de repente lo vió desaparecer, y acto continuo oyó el estrépito de los adobes, por lo que azorada corrió para adentro y cerró precipitada dando de gritos hasta llegar con la noticia á la recámara de D. Epitacio, quien comenzando á dormirse, en el instante, muy asustado, se vistió, dejó encerrada en aquella pieza á la criada y á su mujer, se puso unas pistolas en la cintura, tomó un mosquetón, y de puntitas se salió para la sala; después de escuchar con precaución, se aventuró á abrir la puerta, y cual si fuera á cazar algún conejo, se dirigió para la puerta de la trastienda con su arma preparada mirando para todos lados lleno de pavor; no dejó de sorprenderle más encontrarse con la puerta abierta, y al penetrar en la trastienda oír algunas voces extrañas; algún consuelo le dió el diálogo que en ese instante se entabló. — Mire, D. Pepito, dijo uno de los concurrentes, antes que venga D. Plácido, déme un rebozo negro que vino á empeñar mi mujer ayer tarde cuando estaba aquí el amo D. Epitacio, está en veinte reales con los logros. — Ahora se lo daré, no se apure, contestó el D. Pepito, déjeme acabar este juego. Envido, gritó lleno de entusiasmo. Quiero, respondió uno de los jugadores. Van tres

más, agregó otro. Pues que se acabe, replicó el cuarto, échense fuera, este es mi rey. Mi dos y no llora. Este cuatro es como tortillo de quince viernes. Aquí está la ley, dijo el último dando manazos en el mostrador. Copa, copa, gritaron todos, echa copa, Zambo, y no andes con miserias que para todo da el naípe. Después de echar todos unos buenos tragos de catalán, devorar algunas latas de sardinas, aceitunas, queso y cuanto cada cual apetecía, volvió á instar el del rebozo diciendo: No me haga el temboruco, D. Pepito, déme mi prenda, porque si llega D. Plácido se queda la cosa en tal estado. — Seguro está, contestó D. Pepito, si antes que tenía á la niña del pie á la mano, varias veces venía tan tarde, pues ahora que ya la hizo pegar el volido y la tiene en su poder, es capaz de que le salga el sol en la cuesta. — Sin embargo, déme mi rebozo antes que otra cosa suceda. — Voy á traerlo para que no me esté moliendo, vaya barajando, compañero, y echó un brinco al bajarse del mostrador.

D. Epitacio poco á poco llegó á situarse tras del armazón para cerciorarse bien; se vió tentado de sorprender á los tertulianos de D. Pepito, pero como eran todos de los llamados de la cáscara amarga, tuvo miedo de que cualquiera de ellos le diera una puñalada por ser muy capaces de hacerlo; mas al oír el brinco del cajero que debía ir por la prenda precisamente al sitio en que se hallaba, para evitar ser descubierto se metió con violencia á la trastienda, salió al patio y echó muy quedito el cerrojo que la puerta tenía. Estos de ahí no pueden pasar, dijo para sí, tope en lo de la tienda y vamos á echar por allá dentro una registrada. Volvió á entrar por la sala, se habilitó de un farol, y atravesando piezas fué á asomarse por la ventana de la cocina que daba para el corral; cuando se satisfizo bien de que sólo los perros que no cesaban de ladrar en unión de los de la azotea, eran los únicos que allí andaban, salió con su farol, registró todo, y sólo advirtió el portillo recién hecho, se puso á alumbrar el suelo, y después de registrar bien exclamó: Esos pícaros no se han salido con la suya; la vigilancia de mis perros y los gritos de la criada que me aseguró que los vió sobre la barda, no les dió tiempo para descolgarse, cerremos bien las puertas y estaré listo para darle un

balazo al primero que intente forzarlas, al cabo aquí no corre riesgo más que la leña. Entonces fué cuando Lorenzo desde el arroyo advirtió luz en el corral y se precipitó á continuar su fuga. D. Epitacio atrancó bien la puerta, y al pasar por la recámara de la sobrina vió con sorpresa las cortinas abiertas y la cama hecha, sin indicio de que se hubiera en ella acostado Refugio; la buscó por toda la casa con mucho cuidado, hasta que convencido de que se había fugado, al instante su primer empeño fué ver si había cargado con el cofrecito que lo tenía desazonado, forzó la chapa del roperito, revolvió todo, y al no hallarlo se dió un estirón de cabellos exclamando: ¡Mal haya sea yo tan bestia! se lo llevó esa maldita. Siguió registrando baúles, alacenas y cuanto mueble le ocurrió, maldiciéndose á sí mismo por no habérselo robado desde el instante que lo intentó. Esto ha sido un hecho pensado del vanidoso ese de Lorenzo: ninguno más que él es capaz de haberse llevado á esa loca de Refugio, el amor unido con el interés van caminando á estas horas por esos breñales; pero adónde han de ir que más valgan; ya le cogí la coartada, señor Lencho, voy con este motivo á ponerle una trampa, á armarle escandalito, y ya veremos si con la justicia se juega; allí no valen las fuerzas, lo he de ver arrastrar una cadena, voy á secarlo en la cárcel, y se fué á sentar á una ventana para ver en qué paraba lo de la tienda, discurriendo el modo más seguro con que desquitarse de Lorenzo, sin comprometerse directamente, y por más que cavilaba no hallaba cómo poder justificar que él había sido el raptor; pero meditando en lo que había sabido por D. Pepe, de que el cajero mayor D. Plácido se había largado de la tienda, creyó más fácil acriminarlo para que en las averiguaciones resultara la verdad y por carambola tirarle un buen golpe á su pesadilla, á Lorenzo.

Esas palabras del dicho D. Pepe también lo ponían en cuidado, pues entendía que la persona de quien hablaron podía muy bien ser su sobrina; que el D. Plácido tal vez sabiendo lo del cofrecito, guiado del interés la hubiera atarantado y obligado á salirse, y por dar en qué entender, hizo el portillo en el corral y se la sacó por la tienda. — ¿Qué mano, decía, que el avispa de Plácido ya le hizo matanga al jarochón de Lorenzo?

Hace tiempo que viene muy de tarde en tarde: Refugio no estaba como antes, tan inquieta, se volvió seria y como melancólica. No hay duda, tuvieron algunos de esos disgustos que no faltan, se enojarían, y la muchacha resentida, celosa ó despechada, le hizo frente á Plácido, que más veterano que el otro ha querido asegurarla para hacerse dueño de los interesillos. Ojalá que así sea, porque la verdad, el tal Lorenzo es un enemigo terrible, no le puedo contrarrestar y le tengo miedo; es mejor entendérmelas con Plácido, lo acriminaré á mi sabor; á la muchacha le achacaré que se llevó mil cosas, y principalmente dinero que le había dado á depositar, cuya suma cubrirá bien las faltas que hay en la testamentaria; en fin, yo urdiré un enredo tan grande que ni el diablo que lo desate; aseguraré para mí cuanto pueda, y les entrego las cuentas del gran capitán.

Así que formó sus depravados planes, notó que un bulto venía á pasos largos por la calle de arriba, y al pasar frente á la ventana conoció á Plácido; poco después cerraron la tienda y se retiraron los tertulianos á sus casas, excepto uno que no estuvo capaz de pararse y se quedó allí dormido. Entonces D. Epitacio se recostó un rato á esperar que amaneciera bien. Cuando le pareció oportuno se levantó como de costumbre, salió por el zaguán y se dirigió á la tienda, se encontró con los dos dependientes muy afanados fregando el mostrador, y el borrachín que se quedó allí trayéndoles agua. — ¿Cómo pudiera yo acriminar á este bribón con pruebas irrecusables para salir bien con mis planes? se decía á sí mismo y meditaba silencioso. Es muy fácil, se respondió. Y con bastante disimulo sacó de la chaqueta de Plácido que estaba por allí colgada, una navaja grande de muelle y una cigarrera; se salió, fué al cuarto de su sobrina, alborotó más la ropa del ropero dejando separadas varias piezas sobre la cama y el suelo, poniendo entre ellas la cigarrera; arrojó la navaja desde la puerta del corral para el portillo, y volvió á salir con precipitación dirigiéndose al juzgado; allí, lamentando su desgracia, informó al juez de paz hecho una furia: mandaron llamar al secretario, y acompañado de cuatro ó cinco vecinos, regresó á su casa; en el tránsito le preguntó el juez si acaso tenía alguna

sospecha de persona conocida, y respondió hipócritamente : — Yo, señor juez, no sospecho de nadie, mis dependientes son hombres de bien; pero de una hora á otra... luego engañan las apariencias. Al instante de presentarse todos juntos en la tienda, los dos cajeros se demudaron, lo cual fué advertido por el juez y le dió de codo á D. Epitacio, que maliciosamente se sonrió. Dejó el juez al alcaide que los vigilara al disimulo y se metieron para adentro; al ver el portillo se encontraron la navaja y después en el cuarto de Refugio la cigarrera; tomaron declaración á la criada que había gritado, y dijo que había salido al corral á hacer una diligencia y que al entrar á la cocina había visto dos bultos sobre la barda, luego oyó un ruido muy grande como de que tiraban la pared y por eso creyendo que eran ladrones entró asustada á despertar al amo, y que cuando pasó por el cuarto de la niña quiso recordarla, pero se encontró con que la cama estaba vacía. Que la niña salió por la cocina antes del aguacero y que después no la vió entrar.

Se salieron los actuantes para la tienda y dijo el juez : — Vamos á ver el portillo por la calle á ver si encontramos otro indicio. Plácido sorprendido preguntó : — ¿Pues qué ha sucedido?

— Vamos á ver, amiguito, vamos á ver, acompáñenos, le respondió el juez. Registraron el portillo, y debajo de unos adobes se hallaron un pedazo del rosario de Refugio que se le reventó; D. Epitacio tomó una varita, y midiendo las huellas de los pies que dejó estampadas Lorenzo, hizo lo mismo con las de Plácido, y eran iguales; después repitió su operación en las distancias, y resultó lo mismo, por lo que lleno de gozo se lo hizo advertir al juez y á otros : se volvieron á la tienda, y sacando la navaja que alzó junto al portillo, le preguntó á D. Pepe : ¿Conoce vd. esta navaja? Se demudó el hombre, y entre dientes contestó : — Sí, señor. — ¿De quién es? — Mía. — ¿Pues cómo aparece tirada inmediata al escalamiento? — No estaba en mi poder esa navaja, se la presté á D. Plácido cuando se...

— ¿Cuando se qué, caballero? — Cuando salió. — ¿Cómo está eso, Plácido, replicó D. Epitacio, te sales y me dejas la

tienda sola, qué bien cuidas de lo que tienes á tu cargo; dizque dejarla abandonada, vaya, vaya. — Eso es mucha mentira, gritó el borrachín aquél que estaba presente, sin que ninguno se lo preguntara, el que diga eso miente con toda su alma; la tienda no ha quedado sola, aquí nos hemos amanecido varios amigos, y aunque D. Plácido se fué con su marras, D. Pepe se estuvo sentadito aquí; el Zurdo y Nicolás por allá dentro; el rebocero y D. Dimas por acá fuera, y yo les despachaba lo que pedían; la casa ha estado segura, aquí no se pierde nada, esta es la pura verdad, yo por la verdad mas que me maten, y el que sustente lo contrario que se eche fuera, yo soy hombre. Y siguió con sus bravatas pegando de manazos sobre el mostrador.

— ¿Y esta cigarrera la conoce vd., D. Pepe? — Sí, señor, es de D. Plácido. — Mire, D. Bonifacio, dijo el juez al alcaide, asegúreme á estos dos señores, y en unión de ese valiente lléveselos para la cárcel y me los pone incomunicados. — ¿Pero, señor, á mí? exclamó Plácido. — A vds., grandísimos bribones, respondió D. Epitacio; y sin más dilación los condujeron á su destino.

A las doce del día ya no se entendía aquello de tantos enredos que se fueron haciendo con las declaraciones, pues presos también los tertulianos de D. Pepe, todas las pruebas estaban patentes contra el infeliz de Plácido, quien si ocultaba la verdad de adonde iba, se echaba cargos de lo otro : el hombre se contradecía á cada paso, y esto lo hacía aparecer más criminal.

En cuanto al principal asunto, por más diligencias que hicieron no confesó adónde tenia á la niña, y fastidiado el juez de su negativa lo atribuyó á capricho, y se determinó á hacerlo confesar á fuerza; lo pusieron en cepo de campaña con dos fusiles, hasta que por fin dijo que estaba la niña con él tenia en la casa del Coyote; arrancó D. Epitacio con el secretario, y se fueron encontrando con una persona extraña, que asustada procuró huir, y ellos ni hicieron ningún empeño por impedirlo sino que se ocuparon en registrar bien la casa y la huerta, volviéndose enojados de aquel chasco, suponiendo que había dicho Plácido aquello porque lo quitaran del tormento en

que estaba. Por último, viendo el tío que de ninguna manera se sacaba nada en limpio, solemnemente ofreció quinientos pesos á la persona que le entregara á su sobrina Refugio ó le diera noticias ciertas de ella : se asentó en el juzgado aquella propuesta que el juez autorizó, y ya con esa seguridad quince ó veinte codiciosos partieron por distintos rumbos á buscarla.

— ¿Qué me importan quinientos pesos, decía D. Epitacio hablando consigo mismo, si llego á apoderarme del cofrecito que mi cuñado consideraba en muchos miles, y esa tonta ignora lo que contiene? Ahora por el otro lado, si á pesar de mi ofrecimiento no consigo mi fin, al saber que se busca con tanto empeño, el que se la llevó ha de tratar de ocultarla más, y entre tanto yo puedo llevar adelante mi segundo plan, metalizaré cuanto pueda para que si me chilla el cochino entregue yo las cuentas á mi paladar : por lo que toca al amigo Lorenzo no nos metamos con él, sino que ya que enredé á Plácido, que se desenrede como pueda, y con no activar mucho el negocio iré ganando tiempo; de cualquiera manera salgo bien, y ojalá que jamás vuelva yo á ver á la dichosa sobrina : ya la hice aparecer públicamente deshonrada, ladrona, y está probado que se fugó por la barda, llevándose cuanto he querido suponer.

Mientras que el supuesto raptor sufría tormento para que confesara, el verdadero sentía otro no menos cruel, pues sentado en el suelo sostenía á Refugito entre sus brazos para que la curara el práctico cirujano, y eran los dolores tan grandes que sufría, los gritos tan lastimeros y copioso el llanto con que los acompañaba, que mil veces hubiera querido Lorenzo ser el paciente, que no ver á su querida padecer. Largo rato duró esta operación, y no pudiéndola resistir, quedó aquella pobre niña sin aliento, privada de sentidos, reclinándose sobre el pecho de su amante, abandonándose completamente : esta circunstancia fué favorable para el curandero, porque sin resistencia colocó el hueso en su lugar y concluyó su operación muy satisfecho; pero á Lorenzo le pudieron tanto los padecimientos de Refugito, que apretando el cuerpo de ésta contra su seno, se puso á llorar como una criatura, sintiendo un tormento tan cruel, que le embargó hasta el uso de la palabra. Cuando ella volvió en sí, ya se encontró acostada en su im-

provisado lecho, con el pie muy bien vendado, y sólo le molestaba algo la inflamación consiguiente que sobrevino, para lo cual le aplicaron con continuación defensivos de aguardiente, de los que participó Lorenzo para aliviar sus contusiones.

D. Cleofas se despidió muy contento de haber quedado bien, y mucho más por la buena propina de diez pesos que le dió Lorenzo diciéndole : — Cuidado como cuenta vd. á alguno nada de lo que ha visto; ya sabe que yo sé pagar bien un secreto, y le suplico como amigo que esto se quede entre nosotros. — Pierda vd. cuidado, niño : yo jamás olvido que cuando me iban á matar en Santiaguito, su merced les metió muy á tiempo el caballo y se compró el pleito, dándome tiempo para escapar por aquellos breñales. Yo sé agradecer un favor, no soy ingrato, y si he tomado este dinero, es porque á fuerza de fuerzas me lo ha hecho coger.

Como á las cuatro de la tarde, Lorenzo, después de haber dado de comer á Refugito, la dejó recogida, aseguró en lo posible la entrada de aquel rincón excusado, y montando en su caballo se fué á buen paso para su casa.

Estaba D. Juan devanándose los sesos con mil tormentosos pensamientos, cuando percibió á su hijo que venía encumbrando la ladera paso á paso, muy tapado con su manga, silbando el Canelo.

— Este viene muy tranquilo, se dijo; seguramente ignora lo de Jungapeo : averigüemos lo que me dijo el curandero. — ¿Te has bañado, Lencho? le preguntó D. Juan. — Sí, señor, cinco veces. — ¿Y cómo sigues? — Aliviado, señor padre.

Después de haberse apeado Lorenzo y que ambos entraron al despacho, D. Juan le dijo : ¿Por qué me excusas la verdad? ¿qué no me tienes confianza? — ¿Por qué me dice vd. eso, señor padre? — Porque esta mañana me encontré con Cleofas y me dijo yo no sé qué cosa de un hueso desconchavado. — Es cierto, señor, este huesito de la paletilla se medio descompuso, y con la mano derecha se tocaba el hombro izquierdo. — ¿Pero cómo estuvo eso? algún golpe, algún... — Una desgracia, padre mío : quién sabe qué tiene esa maldecida cuenta de Tepangareo, tan desgraciada para nosotros y nuestros amigos : á su merced le iba á sacar un ojo una rama de

guayabo; á D. Epitacio se le desquebrajaron las quijadas, y á mí por poco se me quebra un brazo. — ¿Qué te sucedió, cuéntame? — Que me hizo ese penco del Tortuguillo la misma ensayada que á su merced: cuando yo iba más desprevenido, se espantó y dió tan soberbia salida, que no me dió tiempo para afianzarme; cuando yo quise buscarlo, ya se me había salido de las piernas, y ¡zas! di el zapotazo contra la cerca; y como metí el brazo se me torció este huesito y recibí todo el golpe en el cuadril: ese amargoso de Tortuguillo no se corrige, señor padre, es mejor dejarlo para la trilla, lo tusamos y que se vaya para el cerro á juntar con la manada.

Bien conoció D. Juan que su hijo mentía; pero recordó que él lo había hecho también, y sabía lo de D. Epitacio, con eso disimuló y prosiguió su indagación.

— Es que también me dijo D. Cleofas que esa pobrecita estaba en un grito. — Ha de haber vd. oído mal, señor padre, ó como nos llevamos, me querría dar ese apodo porque me hizo rabiarse, y la verdad hasta lloré como una mujer: duele mucho una desconchavada, señor, por eso lo diría irónicamente, para que me chongueara su merced.

Decía Lorenzo todo aquello con tal serenidad, que su padre quedó en la misma duda en que estaba. Después de la oración llegó Angel y comenzó á referir todo lo acontecido en Jungapeo, que lo había sabido de boca del mismo D. Epitacio, quien con segunda intención no excusó ningún pormenor. Todos escuchaban sorprendidos aquella ocurrencia; Lorenzo sabía que su padre no ignoraba sus relaciones con Refugito, y por lo mismo, juzgó necesario no manifestarse indiferente, por lo que, después de hacer repetir á su cuñado algunos detalles para demostrar que no tenía parte en la ocurrencia, se paró, comenzó á dar vueltas por la pieza á pasos largos, daba golpes sobre la mesa y exclamaba despechado: ¡Maldición! ¡maldición! Señor padre, ¡malditas sean las mujeres! Y se tiraba de cabellos con ambas manos. — ¿Qué te has vuelto loco, Lorenzo? ¿qué te sucede? — Que yo idolatraba á esa niña; que era el tierno objeto de un amor casto y puro; que me creía el más feliz de los hombres; que me juró ser sólo mía, y que mientras yo estoy adorando en sus encantos, ella, pérfida,

desleal, ingrata, se huye con otro. ¡Maldición! ¡maldición! ¡Reniego de mi amor! ¡Reniego de ella! ¿Quién se había de figurar que esa mujer que parecía tan inocente, abrigaba un corazón tan falso, y que sería causa de tamaño escándalo? ¡Y estas son las buenas, las virtuosas, las candorosas! ¡Maldición á todas!... Y se puso en la mesa con los codos apoyados en ella, teniéndose la cabeza con ambas manos fingiendo que sollozaba y soltando una que otra lágrima que por distinto motivo se le desprendía.

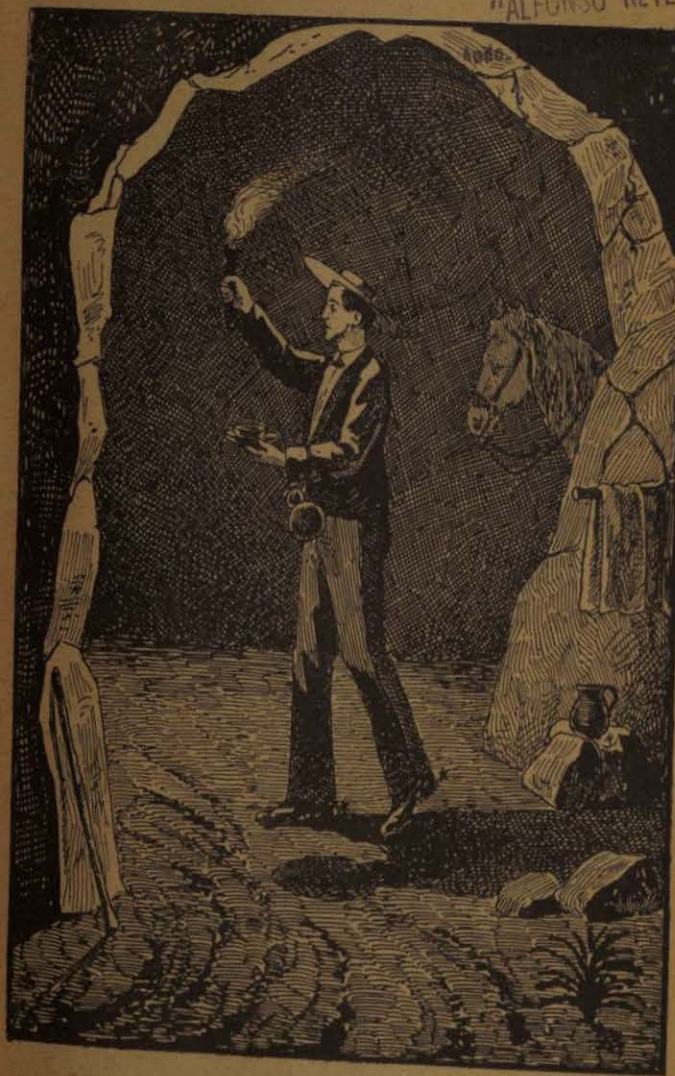
Su hermana, compadeciendo á Refugito mirádola acriminada de todos y maldecida de su amante, tomó su defensa diciendo: — No la maldigas, hermano, quién sabe si el pícaro de su tío por quedarse con los intereses y darte en la cabeza, ha fraguado estos enredos; es capaz de haber él mismo deshonorádola y hacerla aparecer criminal para quedarse con todo, y adonde ofrece quinientos pesos por saber dónde se halla, siendo tan vil y mentecato, es claro que él la tiene escondida y ninguno la ha de hallar; quién sabe si la habrá matado y ocultado en alguna barranca, es muy infame y capaz de hacer cuanto el diablo le aconseje, si no es que por ahí anda esa pobre niña sola desamparada, como es huérfana no encontrará ni quien se duela de ella.

— ¡Sabes, hermana, que puede haber algo de cierto en tus palabras! prosiguió diciendo Lorenzo que se paró como recapacitando; D. Epitacio es nuestro enemigo, á mí no me puede ver ni pintado, sabía que Refugio me correspondía, que tarde ó temprano sería mi esposa, y que yo le haría escupir cuanto se ha robado: ese hombre es un ordinario, codicioso, y de más á más ladino; tiene unas entrañas muy viles, la muchacha no pudo contrarrestarle, y sin duda esa pobre criatura es la víctima inocente de ese monstruo de infamia. ¿Y yo que era la única persona con quien ella contaba en este mundo, podré ver que así no más se sacrifique, y estar de frío espectador, cuando todo el pueblo está con ansia esperando ver el término de este negocio? sería una vileza, una cobardía. Señor padre, déme vd. su licencia, voy á buscarla, voy á ver si llego á tiempo de protegerla para que ese hombre perverso no se burle de ella ni se ría de mí, ¿qué dice vd., señor padre?

— Yo no te digo nada, ni te autorizo á que la busques, ni te impido el que vayas á buscarla.

— Pero si yo no la amparo, ¿quién quiere vd. que lo haga, cuando es una pobre huerfanita, sin ariente ni pariente? Yo la he amado con extremo, y si me empeño en irla á buscar, es porque ya no puedo sufrir que sea el juguete de su tío, estoy determinado, y si la encuentro y me convengo de que es inocente de todo lo que le achacan, que es tan pura y candorosa como siempre, me la llevo derecho, derecho, para el curato á depositarla en poder de mi padrino, ó me la traigo para acá para que vd. arregle cuanto antes nuestro casamiento, ese es el único remedio que esto tiene; déme un consejo, señor padre, ¿qué hago? — Te repito lo que antes, ni autorizo ni te impido, y tratándose de matrimonio menos debo de aconsejarte. — ¿Pero por qué me abandona vd. ahora que necesito de su apoyo, que imploro su favor?

— Porque en el estado en que estás desconocerás mis palabras, tienes la cabeza llena de vanas ilusiones, y me temo que no te convenzas con la razón; serénate tantito y hablaremos, ya vuelvo, y se salió para afuera á atar cabitos, pues no dejó de percibir la confianza con que dijo que si la hallaba la llevaría derecho para el curato. Entró á poco rato, le hizo repetir á su yerno lo ocurrido en Jungapeo, y agregó: La cosa no es tan sencilla como te has figurado, hijo mío; el grande escándalo que ha armado D. Epitacio haciendo que la justicia tome parte en este negocio, ha hecho una publicación completa del descrédito de esa niña, hasta el extremo de ponerla á precio cual si realmente fuera una depravada criminal, naturalmente esta campanada va á resonar no sólo en el pueblo sino por todo el valle, pues los codiciosos buscadores no han de dejar rincón que no registren; si no parece queda esa mancha en el honor de esa niña viva y fresca, sin que nadie no sólo la disimule sino que ni la compadezca, pues y si parece, será su presencia averiguada de todos; luego que lo vean se formarán mil suposiciones desfavorables, la señalarán con el dedo, será objeto de la mofa, del escarnio, y el tío fingiendo delicadeza se mostrará ofendido, tratará de hacer lo mismo que con ese infeliz del tal Plácido, ambos tienen igual



Terrible sorpresa.

delito, y será capaz de querer meterla hasta en una casa de corrección. Ahora bien, si por una casualidad tú la encuentras y te la llevas para el curato, ¿con este hecho podrás satisfacer todas las dudas, desvanecer justificadas pruebas que tanto á ella como al Plácido condenan? La navaja que alzó el juez en el escalamiento; la cigarrera entre la ropa de la niña, en su propia recámara, las huellas tan justificadas en la calle, los seis testigos de que faltó de la casa esa misma noche, y cuantos pormoneres se han acumulado en su contra.

¿Qué papel irás haciendo cuando nadie ignora nada, al ir saliendo como un tercero en discordia, cargando sobre sí á más de todas esas afrentas la de un necio, un tonto, un... No sé cómo explicarme; has olvidado el dicho de que la mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra: el honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver siempre limpio; el de esa pobre niña, por una fatalidad, yo no la culpo, se ha empañado de una manera horrible; pues, hijo mío, querido Lorenzo, en un espejo semejante no se verá nunca la cara un hombre de bien. Por otro lado, también suponiendo que la hallaras y te la trajeras para acá, serían peores las consecuencias, pues á más de ponerte en evidencia me meterías á mí y á toda la familia en un laberinto interminable; harías resucitar antiguas querellas, la deshonra contagiaría mi casa y quién sabe cuál sería la terminación de este negocio; tú comprendes lo comprometido de la situación, conoces mi delicadeza en este punto, y para concluir sólo te advierto que si quieres conducirme al sepulcro y que terminen mis tristes días en la mayor amargura, vayas á buscar á esa niña y hagas por encontrarla; esta es definitivamente mi opinión, ahora obra como te parezca, ya cumpliste veintiún años y no te creo falto de discernimiento. — ¿Pero, señor padre, qué hago? ¿Podré ver con ojos serenos que se llene de oprobio á un ángel lleno de candor, á la imagen de mis ilusiones, á una infeliz criatura que sacrifican á la vil codicia de la manera más infame? Aun cuando no fuera por el amor que le he tenido sino sólo por la amistad, creo que estoy en el deber de hacer algo por ella.

— Pues mira, Lorenzo, para que no entiendas que es un capricho mío, una preocupación mal entendida, una ridícula deli-

cadeza, ni que quiero contrariar tus inclinaciones, haremos una cosa. — ¿Cuál, señor padre? — Vé mañana después de bañarte á la villa, reunes á tu padrino el señor cura y á tu maestro, les cuentas todo lo ocurrido pidiéndoles su opinión, y lo que esos señores resuelvan, eso haces al pie de la letra, ambos son para mí personas de luces, y humilde respetaré su parecer.

— Corrientes, señor padre, corrientes, así lo haré, déme vd. un abrazo pues conozco que me quiere. Mira, hermana, dispón una vez lo que he de llevar para desayunarme en Portua después del baño. Y cuanto antes todos procuraron recogerse.

Acostado en su cama, siguió D. Juan haciendo su comentario diciéndose á sí mismo: Qué bien me dijo mi buen amigo D. Primitivo, que este muchacho tan fogoso y que parece tan vivo, no tiene ni brizna de malicia; solito él se ha estado entregando sin advertirlo; ya tengo toda la maraña del hilo asegurada, sólo me falta la punta y no tardaré en afanzarla: con qué facilidad del despecho pasó á la reflexión y ha quedado muy conforme con ir á consultar, acosándose con una tranquilidad envidiable.

Es imposible que haya sido el último en saber esa ocurrencia, ¿y un joven de su edad y condición, á quien le roban su novia, ¿y se habla de entretener en curarse las reumas y en ir á pedir opinión? No en mis días por cierto, ya yo hubiera ahogado en el mundo, reventado caballos y buscádola hasta en el rincón más escondido, atropellando con todo.

El asunto es verdaderamente delicado, ha tomado un carácter muy comprometido, este muchacho no sabe disimular, no tiene mundo, y en obvio de que no le vaya á parar en un resultado funesto, necesito tomar parte activa en el negocio á ver si consigo salvarlos.

También Lorenzo por otro lado hacia su composición de lugar. — Me levanto muy temprano, se dijo, con el pretexto de ir á Portua; me voy á darle su desayuno á esa pobreca; en un lugar estoy en la villa; reuno á esos señores; les digo la verdad; que ha sido todo una desgracia; que las circunstancias me obligaron á dar ese paso; que la niña está inocente, pura; mi maestro sabe y muy bien advirtió que nos amábamos; conoce sus virtudes; se empeña por mi bien, y ya parece que escucho su opinión: Cásate, Lorenzo, cástate. Además de que también mi pa-

driño conoce y sabe todo eso, le deben corresponder sus derechos, y como pastor y cura, á fuerza me dirá lo mismo: Cásate, ahijadito, cástate. Esto es infalible, yo no sé cómo se le fué á mi padre su santo al cielo con sujetar su parecer al de esos señores, pues á decir verdad, tiene sobrada justicia en oponerse á mi casamiento, es muy pundonoroso, y todo lo ocurrido no presenta á primera vista más que lo más feo y horroroso, según se ha puesto de confuso y enredado. Cuál será su sorpresa al ver que los jueces á cuyo fallo se ha sujetado, me dan á mí la razón y echan á un lado los fundamentos de su repulsa. ¿Pero y si mientras yo voy á la consulta alguno la encuentra y se la lleva para ganar tan buen hallazgo? No, por ese lado no hay temor: como suponen que se ha llevado dinero, creen que ha de haber procurado alejarse, y no puede estar más segura en ninguna parte, pues como está esa cueva tan inmediata al pueblo, casi en el camino real, es tan fácil penetrar en ella, que á nadie debe confundirle la más leve sospecha. Como juzgo que esa consulta me ha de ser favorable, por sólo unas cuantas horas será el riesgo, porque inmediatamente y á la luz del día me la llevo para el curato, y ya que esté aseguradita allí, me vengo para Jungapeo á jugarle á D. Eplacio un pelardo, dándole noticia de su sobrina y exigiendo desde luego los quinientos pesos á que se comprometió judicialmente. Le voy á clavar á ese infame una banderilla que hasta ha de bramar de cólera.

Muy de madrugada se levantó Lorenzo, cargó su desayuno y se marchó para Capirio; pero mucho antes ya lo esperaba oculto su padre detrás de unas Huenvas, á la entrada de la cañada.

Lo vió subir por la ladera de la cueva, y tomó á pie la de enfrente, dejando oculto su caballo entre la cañada del arroyo de la Agua Zarca. Cuando llegó á situarse frente á frente, notó el caballo de su hijo amarrado dentro de la cueva en uno de sus rincones. Después de un rato largo salió Lorenzo, cortó con su puñal una rama de ziranada y formó un bordón, volviéndose á meter acubándolo de recortar: por fin se fué apareciendo con Refugio apoyada en uno de sus brazos, llevando con la mano derecha su bordón, muy ajeno de que la estaba paseando á la vista de su padre: con el mayor tiento

estuvo haciendo que diera unos pasitos para probar si había quedado bien curada.

Convencido D. Juan de que ya había encontrado la punta del hilo, se fué ocultando por los matorrales, montó en su caballo y llegó á su casa, volviendo también Lorenzo cerca de media hora después, muy satisfecho de que nadie lo hubiera visto, remudó, besó la mano á su padre y arrancó para la villa, contentísimo de que hasta allí todo iba perfectamente; pero de repente paró su caballo y reflexionó: — Si tal vez esos señores no quieren que la conduzca de día, bueno será advertirle á mi padre que no me espere, pues cuando le venga á decir sus pareceres, será cuando ya ella esté transportada al curato. Y se volvió diciéndole á D. Juan: — Señor padre, si acaso por una contingencia no puedo desde luego reunir á esos señores y tengo que esperarme hasta la noche, allá me quedo; por lo que si á la oración no estoy aquí de vuelta, no me espere su merced, ni tenga cuidado por mí. — Está bueno, Lencho, está bueno, haces bien de advertirlo.

Partió segunda vez, y su padre á una vista lo fué siguiendo, hasta que convencido de que llevaba buen camino, se volvió á media rienda para la cueva.

CAPÍTULO IV

Sorpresa. — Voló la paloma. — El padre adoptivo. — Noches toledanas. — Propósito. — Lorenzo el aguardentero.

Al salir D. Juan para el camino real quiso la casualidad que se encontrara con el patrón de la hacienda, el coronel D..., que con sus criados, avío, caballos de mano, etc., iba de camino para Zinápéuaro. Se conocieron de muchos años atrás que fueron insurgentes y conservaban muy buena amistad. — ¿Adónde va tan carrera, amigo D. Juan, que parece que va dando alcance á los de Tres Villas, ó que le vienen picando la retaguardia los Tamarindos del Rey. — Así parece, mi coronel, según el afán que tengo para ocultarme y andar listo. — ¿Qué le sucede? lo veo medio azorado y ha de ser cosa grave cuando vd. quiere ocultarse y andar listo, según me dice. — Es un gran cuidado, señor. — Pues cuente con un viejo amigo que lo ama, con cuanto tengo y con cuanto valgo, ¿qué le ocurre? — Una fatalidad, mi coronel, una desgracia. Ese muchacho, mi hijo Lorenzo, no sé cómo, se ha sacado de su casa á Refugito, la sobrina de D. Epitacio. Y relató todo lo que se decía en Jungapeo. — Efectivamente, así me lo han contado; pero no me hicieron mención de Lorenzo sino de otro que estaba ya en la cárcel, y la verdad, no ha dejado de molestarme semejante cosa, porque tenía formado distinto concepto de esa niña; pero según lo que vd. me dice, Lencho es el raptor y anda vd. mirando cómo los pillá: andarán por ahí prófugos y... — No, mi coronel, el muchacho es tan inocentón, que solito se me ha delatado sin advertirlo. Y refirió al coronel la segunda parte del caso. — ¿Y ahora, dijo éste, qué piensa vd. hacer, amigo D. Juan? — No sé, mi coronel, no hallo qué corte darle á este negocio. Esta niña está expuesta á